

LIRA PROVINCIANA

Cómo se siente el amor

¿Por qué en el marco de la ventana
tu cabecita rubia se vé
avizorando la estrecha calle
cuando es la hora que pasa él,
sí, luego, rápida, el vitral cierras
y los visillos haces caer,
y tras de ellos, sin que él lo note,
con alborozo cruzar le ves?

¿Es inocente coquetería?
¿orgullo, acaso? ¿rubor, tal vez?

Con todos ríes y estás contenta;
con todos hablas... menos con él.

¿Por qué a su encuentro tu indiferencia
es la que juega mejor papel?
¿Por qué tu rostro siempre risueño,
serio se torna cuando le ves?
¿Por qué a tí misma te engañas, nena?
¿Por qué le muestras tanto desdén?
¿Te da vergüenza, te da sonrojo
que tu cariño lo sepa él?...

Tiene la seda de tus mejillas
de la azucena la palidez.
Bajo la sombra de tus pestañas
extraña lumbre se mira arder...
En vano intentas matar el fuego.
¡Prendió la chispa sin tú querer!

MANUEL MONTERREY

NUEVA POESÍA

ME atrevo a decir, sin preámbulos, que vivimos un momento de confusionismo poético. Y dejando a un lado las tremendas consecuencias filosóficas y hasta políticas—recuérdese a José Antonio—que la falta de un MUNDO, objeto de la poesía, un MUNDO enteramente poético, lleva consigo, quisiera, siquiera sea someramente, detenerme unos instantes a considerar la situación actual de ese MUNDO, como centro donde convergen las miradas luminosas de los poetas, en cuanto estos representan la interpretación de un arte, es decir, son sujetos de ese arte. MUNDO—OBJETO y POETA—SUJETO de la POESIA, como manifestación espiritual independiente de los azares sociales y de las subscientes preocupaciones. No de DIOS, que, forzosamente, ha de ocupar el centro de ese MUNDO, con una presencia total.

La religiosidad de la poesía, es pues, consustancial con el ser poético, ya que la idea de DIOS, es la primera idea que el hombre fija en su mente de una forma totalmente poetizadora. Esto es, desprovista de carnalidad y de utilidad inmediata.

Con el sentido responsable de la posesión, surge luego la necesidad de poetizar lo que se posee, arrancándole la pobre costra de su utilidad. Es un afán de superación, por el cual, el hombre, pretende divinizarse, para lo que crea lo que hemos dado en llamar su MUNDO.

Aparece, entonces, la poesía vegetal y la poesía animal, completada más tarde, con la poesía anímica o poesía de las pasiones. Pero nace esta tercera forma de la poesía, cuando el HOMBRE-POETA empieza a contentarse con su situación de hombre, lo que le lleva en una posterior evolución, muy natural por otra parte, a sumirse en una cuarta forma de poesía infra-humana, de la que poseemos ejemplos inmediatos.

Naturalmente que, en poesía, no es la forma lo de menos. La forma poética, que ha de valerse como medio de expresión de los sonidos articulados, esto es, del lenguaje, se vé forzada a una lógica evolución con el propio lenguaje, y así como éste se somete a unas leyes, más o menos severas, relacionadas íntimamente con la fonética, sométese también la poesía a estas leyes, sin abdicar de su categoría de ideas. No consiste, pues, la evolución de la poesía, en la tan cacareada «a nuevas ideas, nuevas formas de expresión», sino en nuevas formas de expresión, para las eternas ideas poéticas.

No pretendo, de ninguna manera, hacer un acabado estudio sobre la poesía, el mundo poético y el poeta, para el cual no me hallo preparado, y que por otra parte, ocuparía mayor espacio del que puede brindarme una revista, pero me interesa, sobremanera, fijar las ideas que encabezan este articulito, las cuales, por supuesto, corregiría total o parcialmente cuando para ello se me apuntaran suficientes razones, o me cupiera el honor de la polémica.

Con el comienzo de este siglo aventurero, en nuestra vieja y va-

letudinaria Europa, se recrudece el eterno fenómeno, tan antiguo como la humanidad, del afán de originalidad. Se trata de huir. Huir, como sea, de un mundo hosco. Parece como si los hombres que ven alborear el siglo XX, oscurecido su sol por las tristes noches del XIX, recién muerto sin testar, sintieran sobre sí, la terrible pesadumbre, el *tedium vitae*, el arrepentimiento, en suma, que no podían sentir ya sus predecesores, en una solidaridad universal con los muertos. Pero hay que salvarse, y el hombre opta por salvarse huyendo. Huyendo de sí mismo, naturalmente. Y siempre que el hombre huye de sí, crea. Es un fenómeno histórico. Pero crea lo inauténtico, porque la huída le obliga a improvisar.

La huída en el Arte, nos ha dejado, como legado impenitente, esa gran alforja de improvisaciones cerebrales que llena de «ismos», los primeros veinticinco años de nuestro siglo. Mas como el poeta, por esos años, se encuentra en ese tercer grado de evolución a que antes nos referíamos, en el que comienza a sentirse satisfecho de su cualidad de hombre, ¿qué tiene de particular que en la huída resbale hacia nuevos abismos y trate de crear un MUNDO nuevo para su poesía?

Cuando, tras el tropezón, quiere reemprender la marcha, aún queda barro en sus botas de caminante, pero un nuevo MUNDO empieza a alborear.

No se atreve, sin embargo, el poeta, como hombre-tradicional que es, a romper totalmente con el pasado y busca eslabones desesperadamente. El refugio en los clásicos se hace ineludible, al surgir la disciplina poética frente a la anarquía que la precedió. Pero no puede ya prescindirse del bagaje de bellezas que la improvisación poética de los comienzos de nuestro siglo ha producido y surge el confusionismo.

La aparición de la imagen absoluta y libre, desligada de lo real, es una nueva superación poética, una gran conquista de la forma que se inicia ya con Mallarmé y Rimbaud, pero es también el velo que oculta un último rescoldo de pudor en el poeta, y se abren entonces, de par en par, las profundas cloacas que Freud, puso al alcance de todos. La inautenticidad reside, pues, en el nuevo MUNDO que se forja, donde lo social, como problema de clases, como aspiración marxista, y lo sexual, como única forma amorosa, lo llenan todo. Se ha creado, pues, un nuevo MUNDO, al que no me importa calificar de infra-poético. Dios, el Amor y la Muerte, toda la Creación, queda relegada, para dejar paso a un subconsciente desatado. Comienza una poesía de masas para la minoría, cuando el poeta encuentra la manera de abrir a todos su mente enferma, sin avergonzarse.

Si el mundo necesita todavía de los poetas, no son glorias de ajeno y libertinaje las que estos tienen que ofrecerle. Ni bohemia lucubrate, ni poesía para histéricas. Sean otra vez los poetas, hombres sobre la tierra, sí, pero con la mirada fija y anhelante en los anchurosos caminos de DIOS.

LUIS ROJAS

Divagaciones de un lector con sueño, en torno a «LOS SEXOS, EL AMOR Y LA HISTORIA», de Pedro Caba

VII

UNA DEFINICIÓN DEL HOMBRE

Muchas son las definiciones que se han intentado sobre el hombre. Pero, limitándonos a aquellas que quieren ser cardinales al tiempo que poéticas, habrá que recordar, la de Shakespeare, cuando dice que *estamos hechos de la madera de los sueños*, sentencia ésta que le suena a Unamuno profundamente trágica, pues si Píndaro dijo de la vida que era el *sueño de una sombra*, y Calderón que *la vida es sueño*, ellas sólo se referían a la vida del hombre y no al hombre mismo, mientras que la definición del inglés «nos hace también a nosotros sueño, sueño que sueña».

Y, de entre todas esas definiciones de la criatura humana, debo confesar que una de las que más me agradan es esta de Caba, cuando dice que «estamos hechos de la tela del tiempo», si bien ella termina con algo que es muy discutible, al concluir: «Y no hay más tiempo que el humano».

¿Que no hay más tiempo que el humano? Será que nadie lo atesora, para contarlo, para tejerlo historia, más que el hombre. Ya Caba ha dicho antes que «un vivir cualquiera—el del animal, por ejemplo—no remansa tiempo porque está hecho de instantaneidades, de menudos golpecitos de presentes», pero el tiempo existe, y se repite, volviendo en cronometrados intervalos, para el gallo que, cada mañana, saluda al día soltando el grifo de su quiquiriquí; para la hembra que, periódicamente, entra en celo; para la Naturaleza, que en cada estación reedita sus brotes, se poetiza y aroma de flores y se hace ubérrima de frutos. Solamente en los hombres, cierto, el tiempo se remansa y almacena para ser contado. Bueno, y un poco también en los árboles, porque si es cierto que tienen un período de rotación para su crecimiento, para su desarrollo, para su vida, muriendo, renaciendo, dando fruto y agonizando, también lo es que sus gromos no son aquellos mismos de antes, sino que ya es cuerpo leñoso lo que en la anterior primavera fué lechosa ternura. Pero sólo en el hombre la época de un año no es lo mismo que aquella igual época del año anterior, y si la conoce es porque lo externo se lo dice, porque aquello que tiene de animal ha ido jalando su vida de fechas faustas: su cumpleaños, el nacimiento de un hijo, aquel triunfo...; o de obligados menesteres: prevenirse contra el frío, aliviarse del calor, reponer su equipo...; o de atisbos sorprendentes: que la voz de los muchachos, jugando, en la calle, que el metal de las campanas, todos los ruidos, le dan otro sonido. Y es